

escenas
de mi vida
sexual

poemas

PEDRO MOLINA TEMBOURY

dibujos

CARLOS BLOCH

ABADA EDITORES



Escenas de mi vida sexual

Poemas de Pedro Molina Temboury

Dibujos de Carlos Bloch

1º edición en Abada Editores, 2006

Edición digital 2017, www.pedromolinatemboury.es

1

" No jures por la luna, por la inconstante luna..."

SHAKESPEARE (Romeo y Julieta)

Júralo por la luna, por la inconstante luna
aunque sea tan voluble como el amor,
aunque aparezca y desaparezca todo el tiempo
como el más caprichoso de los amantes.

Júralo por la luna porque siempre regresa,
porque siempre está ahí, visible o invisible,
oculta o exhibiéndose
como las fantasías sexuales de los hombres.

Allí donde te fuiste
yo me quedé esperándote, firme y disciplinado
como haría un centinela
que recibe la orden de escrutar
un desierto.

Allí donde te fuiste
empecé a echar raíces como un árbol en tierra
y dejé, indiferente,
que manase la savia por mis propias heridas
y brotasen las hojas
y que después el viento las arrastrase lejos.

Allí donde te fuiste
cada invierno la nieve quiso borrar tu rastro
y a veces vino el sol
y otras veces la lluvia
e incluso llegó un pájaro que anidó en mi cabeza
sin que tú regresases.

Allí donde te fuiste
todavía,
cada verso que escribo habla de ti.
En ese estado me dejó tu amor.

Con la voz temblorosa
me advertiste una noche que debía serte fiel,
que la menor traición, ya no digo con hechos,
si tan sólo apartase el más mínimo instante
mi atención de muchacho de tu absoluto amor,
sería, más que un descuido,
un crimen tan terrible
que traería consecuencias en todo el universo,
en el orden del cosmos.

Bajo el cielo estrellado, hace ya tantos años.

Cada vez que en mis brazos
tú te ofreces rendida,
lo que quieres a cambio es que venga a raptarte,
que te secuestre lejos,
que mi amor te rescate de esta vida mediocre
y te salve y absuelva,
que me lleve tus besos
a un palacio encantado donde no mueran nunca.

Pero no puedo hacerlo,
porque no soy un príncipe.

No tengo edad,
ni aunque tú me lo pidas
voy a tener jamás la edad de amarte
porque el tiempo no existe en *Neverland*,
ni el amor deja huella
ni aspira a otro destino
que al batir de unas alas y a la lluvia de oro
que una mujer luciérnaga nos arroja en la noche
cuando vamos de vuelo sobre el barco de Garfío
y a los planeos rasantes y a los rizos y trompos
y a las lindas sirenas que se bañan desnudas
sin temor a las fauces del tiempo-cocodrilo,
y al muchacho perdido
que nunca supo hallarse,
que no podrá crecer mientras estemos juntos,
mientras tú no te escapes
de este cuento infantil.

Óyeme que me canso de tantos miramientos.
Yo quiero desnudarte de pretextos inútiles
erizarte la piel
y quitarte la ropa, arrancártela a besos
y descender con ella por tu vientre y tus muslos
y dejarla caer
como el telón señala a público y a actores
el final del teatro.

Nada dices
y sin abrir la boca
hablas todo el tiempo de sexo
y de ese modo llenas mi cabeza de pájaros
que con tanto aleteo
me impiden concentrarme
en cosas importantes para mi porvenir:
el poder y la fama, o por ejemplo
un atisbo de duda en un poema.

Como cada noche al acostarte
me pides que levante mi polla para ti
y la mantenga erguida entre los dos,
que la tense en las sombras hasta encender su luz
como si fuese el halo de una linterna mágica.
Sé que lo haces porque te da seguridad,
que te has acostumbrado
y ya no puedes dormirte por las noches
sino es acompañada de esa pequeña fantasía inocente.
Sueñas que el mundo se sostiene arriba
sobre tan firme pedestal,
y que así no hay peligro
ni asechanza ninguna en su dureza.
Con ese talismán
- familiar como un viejo peluche de la infancia-
tú te duermes tranquila.
Yo en cambio sufro insomnio:
temo bajar la guardia
y que la vida se nos vuelva flácida.

Yo la amaba, pero ella amaba a un hombre
que amaba a otra mujer
quien a su vez tampoco era capaz de amarle.
Lejos de separarnos,
la vida nos unía de esta manera
aún más estrechamente:
el amor circulaba entre todos nosotros,
pasaba como un rayo desde un cuerpo a otro cuerpo,
saltaba echando chispas de pasión compartida
de unos labios a otros
sin que llegase nunca a ser de nadie.

Cuando ellos dormían juntos
tú venías a buscarme por la noche
como un fantasma con los pies descalzos
que temblase de fiebre,
y sin decir palabra retirabas la sábana
para mostrarme a tientas la oscuridad de tus pezones
y tu pequeño sexo que ibas humedeciendo para mi,
y te ofrecías, sumisa,
como si hubiese sido yo quien en un sueño
te hubiese convocado a regresar,
a quemarme la piel contra la tuya,
a reabrir mis heridas
en un nuevo delirio de venganza y deseo
aún más destructivo que el amor,
porque al llegar el alba
cuando ella se marchaba,
tú te volvías con él.

Lo que quiero que dure
no es el paso del tiempo entre los dos
ni es el acostumbrarse a compartir la vida,
lo que quiero que dure es tu abandono,
el momento del éxtasis,
ese punto de fuga del orgasmo
que es cuando te alejas más de mí.

Esa primera noche, cómo podía saber
que vinieses herida de despedir a un hombre
al que habías decidido olvidar para siempre
en los brazos de otro escogido al azar,
y que yo era ese alguien al que tú te entregabas
tan sólo por vengarte del agravio sufrido
en mis carnes anónimas,
sin importar quién fuera,
por pura transferencia,
un insecto atrapado en el alfiler de tu rencor.

La escena, más o menos, se reconstruye así:
cuando a media mañana, justo al abrir los ojos,
descubres en la cama
a una mujer desnuda enredada a tu cuerpo
en perfecta simbiosis
con la feroz resaca que nubla tu memoria
y te impide saber cuándo tras la tormenta
de sábanas sudadas y manchadas de esperma,
se impregnaron los restos de carmín en la almohada
y los largos cabellos
que no se corresponden con tu corte de pelo
ni el gesto de la chica que duerme arrebatada
como un ángel caído en infiernos procaces,
ni el olor de su cuerpo cuyo rastro se sigue
como una historia abierta de confusas escenas
a través de las ropas arrojadas al suelo
de una forma furiosa,
y que a ti te parecen los restos de un combate
que ocurrió en plena noche,
una lucha titánica
de la que no recuerdas sino miembros trabándose
y los gritos salvajes de la desconocida
que ha dormido a tu lado
sin que sepas su nombre,
sin saber ni siquiera
- lo que más te incomoda-
cómo será su voz cuando al fin se despierte.

Me pides que te ate las manos a la cama
con nudos apretados que no puedan romperse
y que así, sin defensa,
te vaya desvistiendo, lenta y morosamente,
hasta que estás desnuda
mientras te voy besando y erizándote entera
como un animal preso que se tensa en la trampa
sin poder escapar,
y después que te cansas de jugar a ese juego
yo te vendo los ojos
para dejarte ciega y que no puedas verme,
como esa fantasía en la que una doncella
se encuentra prisionera en poder de su amo,
alguien que no conoces y quiere poseerte,
un extraño autoimpuesto
que nunca aceptarías
de hallarte en libertad y a plena luz.

Y cuando ya no aguantas,
y cuando estás ardiendo,
y cuando ya no puedes resistir sin gritar,
te silencio la boca incapaz de escucharte
por temor de a quién gimes,
celoso de ser yo.

A veces, en secreto, yo también imagino
que me visita un ángel refulgente y ambiguo
del que ignoro su sexo,
del que sólo deseo sentirme traspasado
por su espada flamígera
y luego arrebatado en su carro de fuego
hasta un cielo imposible
de espíritus ardientes y placeres sin límites,
de martirios y estigmas,
de pasión infinita
-así como la Iglesia nos enseña
que es el éxtasis místico-

Bendito sea el fruto de mi sexo
que nace envuelto en gritos y en espasmos,
que no conoce sino cimas y vértices,
que es exacto y preciso
y que se entrega a todos en la misma medida,
que no tiene conciencia del amor ni el afecto
ni de sus servidumbres
y jamás está triste o melancólico,
que es desapasionado como un Dios
que sólo se preocupa de su propia Creación,
y tan desmemoriado
que salta siempre alegre sobre el mundo
como si fuese la primera vez.

Déjame que esta noche yo me ocupe de ti,
que te prepare un baño de espumas y de sales,
que después de bañarte
unja tu piel de aceites y te perfume luego,
déjame que esta noche yo te pinte los labios
y empolve tus mejillas hasta volverlas mármol
o blanca porcelana,
que te rodee los ojos con delicadas sombras
que parezcan ojeras,
déjame que yo elija con qué vestir tu sexo
de velos transparentes que apenas si lo cubran,
que más bien lo descubran por entre un claroscuro
de arabescos y encajes,
déjame que te peine de esa forma en que el pelo
se deshace en tu espalda,
déjame que te envuelva en un traje de seda,
que te enjoe los dedos y los brazos desnudos
y oscurezca tus muslos con las medias más negras,
déjame que me ocupe, por favor, esta noche,
que le devuelva al mundo un instante sublime,
un último destello de belleza
antes de abandonarte.

En los tiempos modernos
el cortejo amoroso suele empezar por el final:
nos desnudamos rápido
para ahorrarnos toda explicación,
como si la ansiedad que nos produce
no disponer de tiempo para conocernos
nos empujase a mostrarnos el cuerpo
de manera ritual, tan automática
como se enseñan el culo los mandriles.

Después nos penetramos mutuamente
casi sin desearlo, por razones de higiene
y luego, al despedirnos
nos dedicamos frases de pasión educada
que nada significan,
y al menos, de este modo, no nos hacemos daño.

Para alcanzar el cielo
el camino más corto es hacerlo en avión:
quiero decir a treinta mil pies de altura
en la cabina de un boeing
con pasaje al completo,
en el momento en que la confusión de husos horarios
nos impida saber si nos amamos
durante el día o la noche,
y cuando digo amarnos
me refiero al exacto sentido de acariciar tu piel
y desnudarnos y escuchar tus jadeos
mientras nos desprendemos
de nuestros cinturones de seguridad,
a poder ser en una ruta transoceánica
para que no exista siquiera la posibilidad de que un país
a nuestros pies
pretenda reclamar jurisdicción
a dos aves de paso.

Estas son unas palabras para mi amor
en una habitación de hotel bajo la lluvia
de una ciudad del hemisferio sur
mientras una mujer escucha estas palabras
de labios de otro hombre que bien puedo ser yo,
y pese a todo
escribo estas palabras en la piel de mi amor
y siento el peso exacto y la respiración
bajo un diluvio denso que erosiona las formas
hasta hacerme pensar
que nos amamos por primera vez en un hotel
y que tú eras una mujer melancólica
que amaba a un hombre melancólico
que no éramos ninguno de nosotros dos
y sin embargo nos amábamos,
como podría seguir contándote que era marzo y otoño
por las rarezas del calendario austral
y otros detalles íntimos que sólo los amantes
descubren de sí mismos
en una habitación de hotel bajo la lluvia,
cuando ya no lo son.

La historia es la de un hombre
que en un país extranjero
a miles de kilómetros de casa,
que en una ciudad extraña, bajo un volcán nevado
- a donde está viajando para ciertos negocios
que no vienen a cuento en el relato-
conoce a una mujer que habla su misma lengua
aunque de piel cobriza,
aunque de ojos tan negros como nunca había visto,
una mujer muy joven que también está sola
en la noche caliente,
en ese nuevo mundo de florescencias rápidas
y de intensos perfumes.

La historia es la de un hombre
que en un lugar cualquiera de una ciudad remota
encuentra a una mujer
y recibe de ella las más dulces caricias
y se entrega en sus brazos con pasión insaciable,
con profunda ternura,
pensando que ha encontrado lo que no tuvo nunca,
aquello que la suerte sólo ofrece una vez,
que esa noche imagina que comienza otra vida
en una nueva patria
miserable y bellísima
y que toda su hacienda se reduce a un paisaje
cada día renovado por los soles del trópico

y a una amante mestiza
a quien tras su partida ya no volverá a ver
pero cuyo recuerdo aún le hierve en la sangre
como la fumarola de un volcán.

Iba a decirle adiós en la plaza de San Martín, pero ella miró los jacarandas y echó de menos sus flores violetas.

Iba a decirle adiós en el *Florida Garden*, pero en ese momento ella discutía con el mozo porque el café le resultaba amargo.

Pensé decírselo en el zoológico, delante de la jaula de los tigres, pero sentí miedo.

En el teatro Colón me chistaron desde el otro palco.

Además, había huelga de correos.

No funcionaba un teléfono en todo Buenos Aires.

En la Costanera ella apretó mi mano, pero fue un mal momento: siempre que miro el río, por algún mecanismo reflejo, me dejan mudo los sollozos.

Lo que más me gusta de América es su boca,
porque cuando me besa
no distingo su lengua de mi lengua.

Cuando se va,
deja escapar al aire un grito agudo
semejante al de un pájaro
en el momento de levantar el vuelo.

Luego cierra los ojos, arquea la espalda
y se agita en la cama
como si se olvidase de respirar.

A veces se queda como muerta.
Otras gime como si la estuviesen matando.

Justo entonces
siente deseos de llamar a alguien,
pero siempre se equivoca de nombre.

Como un ave nocturna,
tus quehaceres comienzan en cuanto todos duermen,
cuando nada se escucha tras la puerta cerrada
y entonces, en silencio
desperezas tus plumas,
abres tus blancas alas invisibles
y toda tú te incendias en la noche,
dejas que la metamorfosis
se consume,
que el intenso fulgor de tus caricias
atraiga las tormentas a tu alcoba
y una lluvia caliente
venga luego,
para apagar las llamas.

Sucedió en el momento de quedarnos a solas,
cuando al ir a entregarnos
la pasión uno al otro, tanto tiempo esperada,
él llegó de improviso
con su manta en la mano
y la tendió en silencio para acostarse luego,
sin siquiera mirarnos,
como un triste mendigo a los pies de la cama.

Se trataba de un caso de nobleza obligada,
me explicó ella en voz baja:
aquel huésped forzoso era un antiguo amante
que no lograba resignarse a la separación,
que estaba desquiciado
y la seguía por eso
desde un hombre a otro hombre,
sin pedir nada a cambio más que tender la manta
y tumbarse en el suelo a compartir sus sueños.

Pasado el desconcierto
acabé acostumbrándome
y los dos nos amábamos sin sentir su presencia,
discreta y vigilante, indiferente a todo;

hasta que una mañana, temprano al levantarme,
le pisé sin querer
y en lugar de quejarse
me lamió los tobillos con blanda mansedumbre
como si en vez de loco se hubiese vuelto perro.

No sé por qué me acuerdo de repente de ti,
la más perdida en mi memoria,
tan fugaz
que sólo te cruzaste una noche conmigo
y no te me entregaste
sino con todo tipo de condiciones previas:
tras volverme la espalda,
dejaste que te amara sin abrazos ni besos,
apenas penetrando despacio tu vagina
y quedándome quieto
mientras tú perseguías un placer que tan sólo era tuyo,
en el que yo no estaba,
en el que yo no era
sino un pedazo de carne ensimismada
un músculo sin dueño
allí debajo.

Mi biografía os incluye
también en sus imágenes,
todas mujeres fáciles y a la vez imposibles
a las que tanto amé,
cada una a su modo siempre en brazos de otro,
cada una un espejo de mis deseos más íntimos
pero tiernas, volubles, caprichosas, lunáticas,
las mujeres de mi vida irreal,
estrellas lejanísimas
que brillan sólo el tiempo de una función de cine
pero que dejan huella,
ecos de su belleza inalcanzable,
rastros de depresión o de tristeza
como después del sexo.

Catorce años después,
ella estaba mirándome en la barra de un bar
con una taza de café en la mano
que bebía lentamente,
y el mismo pelo negro ensortijado
y los ojos durísimos y oscuros
y la mirada extrañamente ida,
como si viese más allá del mundo,
como si me mirase todavía
catorce años atrás,
como esa noche en que llegó a mi casa
pidiéndome cobijo con su gato
por alguna razón que no recuerdo,
y estalló una tormenta
y se rompieron solas cinco copas
y se apagó la luz y hasta una mesa
se movió por su cuenta
sin moverla,
y después tuve sueños funerarios
y el negro gato andaba por mi almohada
y en medio del pasillo andaba ella,
caminando descalza sobre el suelo
como una aparición de las tinieblas,
con los ojos abiertos
y extraviados,
así como esa tarde me miraba,
catorce años después de haberse ido,

sonámbula y sibila,
bruja y maga,
con una taza de café en la mano
en la barra de un bar.

Tenía que verte apenas respirando,
a punto de partirte en dos mitades
como si el mundo te cayese encima,
como si el tiempo se te fuese
en irte
abriendo por la noche a otra mirada,
tendiéndote a esperarle
ansiosamente,
ardiendo ya de fiebre y de deseo
antes de recibirle y entregarte,

desnuda contra un cuerpo que no es mío,
tenía que verte, amor, en otros brazos.

Abres la puerta sin que venga nadie,
compruebas el reloj,
después echas más hielo en los dos vasos,
eliges otro disco,
me cuentas una anécdota que nada te interesa,
entrecruzas las piernas,
me enseñas cualquier libro, alguna vieja foto,
un cuadro, una maceta,
hablas del alquiler, del tiempo,
de un viaje que no has pensado hacer,
miras por la ventana,
me preguntas amable si deseo alguna cosa,
pasa un coche en la calle, se escucha una bocina
y como no contesto,
entonces tú me besas.

“Voy a dejarte”,
me anunciaste una noche sin mirarme siquiera
como quien habla en sueños,
y al oírlo, de pronto, sentí un brote de pánico
y cerré las ventanas y las puertas del cuarto
y escondí las maletas y llamé a tu abogado
y a mi madre y a un médico
que era experto en sonámbulos,
y pensé en suicidarme, en cambiar de trabajo
o en marcharme muy lejos,
y estuve tan nervioso con tanto movimiento
que aunque tomé un somnífero no me pude dormir,
y me quedé despierto sin descuidar la guardia
bien abrazado a ti
por si, fantasmagórica,
al cerrar yo los ojos
te esfumases.

Tras dudar un instante,
señalaste una casa al final de la calle
que era igual a las otras,
con la misma baranda que avanzaba hacia el mar,
frente a los mismos muelles con sus barcas vacías
que ya habías contemplado
tantos otros veranos anteriores a éste
en que me habías traído para mirar atrás,
para verles reunirse de nuevo en la penumbra,
salir a la terraza
a disfrutar la brisa y el frescor de las sombras,
a hablar de viejos chismes y asuntos de familia
como siempre habían hecho en las noches de agosto,
en los años pasados junto a ese mismo mar,
junto a esos mismos muelles donde tú y yo espiábamos
sus palabras y gestos como dos delincuentes.

Para ti
él había sido más que un primer amor,
alguien predestinado desde la adolescencia
que ahora estaba sentado en la casa de entonces,
que posaba esa noche como para un retrato
con tus previstos suegros, tus previstos cuñados
y entre gritos de niños que pudieron ser tuyos
y junto a una mujer cuyo rostro no vimos
porque estaba de espaldas a nosotros,
que la verdad, supongo, tú no quisiste ver

por si acaso al volverse
te mirara un espejo
y de pronto el pasado regresase a cumplirse.

Sálvame de la muerte,
sálvame de la muerte que me llama en la noche
desde dentro de un sueño,
que da vueltas y vueltas en torno de mi cama
con la impaciencia de una mujer celosa
que estuviese esperando mi retorno.
Sálvame de la muerte que está sola en el mundo
y busca a tientas compañía,
dulce calor humano
con que aliviar su soledad;
que está desengañada y no cree en el futuro
ni tiene fe en el hombre ni en sus falsas promesas.
Sálvame, amada mía
sálvame, y si no puedes
concédeme el consuelo de tu amor,
mientras tanto.

De pie, sin decir nada, él la mira impassible mientras ella deshace los nudos de su ropa y le muestra los pechos para que se los bese, para que, en la penumbra, se los vaya besando, muy despacio al principio y luego intensamente, conforme se endurecen los pezones, y entonces ella gime, y al compás del gemido él acerca las manos para asir sus caderas y la lleva en sus brazos con un paso de baile mientras canta en su oído una canción sin música que no se deja oír, porque en ese momento ella está concentrada en los dedos del hombre que se enredan al vello que recubre su pubis y que van avanzando hasta abrirle los labios, a la par que le besa y le busca la lengua y le encuentra en el fondo un profundo agujero y ella vuelve a gemir y eso activa un resorte que le empuja las manos a explorar el misterio que se va desvelando en la cintura de él, a observar cómo asoma y se acerca a buscarla, cómo luego se alza con el simple contacto mendigando caricias, suplicándole amor con tanto desamparo que ella besa su frente, que ella cierra los ojos y le va desnudando mientras él sin mirarla le separa las piernas, mientras ella se abre sin llegar a romperse pero hasta el mismo límite, y cuando él entra siente como un golpe de asfixia, como si un cuerpo opaco impidiese de pronto circular a la luz, como si alguien cerrase la salida allí abajo y la fuese tapiando, encerrándola viva, y a él le da claustrofobia de esa angosta abertura, de ese túnel oscuro, pero los dos empujan aún más profundamente, cada vez respirando con más dificultad, mientras él se imagina que no son sino peces arrancados del agua que se secan al aire, que se mueren ahí fuera y que por eso sudan y se agitan y tiemblan, y ella en cambio se piensa flotando sobre el mar, dejando que las olas le levanten la ropa y la lleven impúdica de un lado para otro, que le inunden los muslos sin dejar de mecerla, que la mojen entera, y así viene la lluvia, y así que llega el agua él se arroja a su curso y ella nada a lo lejos, y por más que se

gritan y por más que se lanzan febriles manotazos y se dan grandes voces, y aunque sueñen que juntos se aferran a una tabla, que el orgasmo les salva como un barco en la noche, la corriente les lleva y no se encuentran nunca.